

haciendo de York su capital, había ido **calmando** con los años su ardor guerrero, y dejó grata **memoria** entre el clero anglo por haber favorecido los templos de sus territorios, especialmente el de Durham. Adversario **decidido** suyo era el rey del Northumberland septentrional, el anglo Egberto, quizás el mismo que los daneses pusieron allí en calidad de vasallo suyo.

Todo iba perfectamente, y la influencia de la Iglesia, de la cultura anglicana y de los dos reinos del Northumberland comenzaban a triunfar de los paganos cuando de repente fueron puestos de nuevo en tela de juicio, por daneses y normandos, no solo estos progresos sino la existencia misma de aquellas potencias. En efecto, la gran victoria conseguida en r.º de noviembre de 891 por el rey alemán Arnulfo, junto al Dyle, y el hambre terrible que en 892 hizo imposible la permanencia en las costas de la Lorena y de la Francia occidental, de continuo asoladas, fueron **causa** de que las numerosas hordas que allí se entregaban a sus correrías se lanzaran sobre Inglaterra. En el verano de 893 presentóse delante de Kent una escuadra de 250 buques cuya gente desembarcó en el punto en que el mar baña la selva de Andredre, en la desembocadura del riachuelo Limene, procedente de esta, que se confunde con el Rother que desemboca al Norte de Winchelsea. Un baluarte que los labradores del país habían construido cuatro millas **mas arriba** de aquella desembocadura, fué tomado sin grandes dificultades, y despues, tierra adentro, en Apuldre (Appledore) se levantó un fuerte campamento. Una segunda escuadra, compuesta de 80 buques, dobló la punta de Kent y penetró en el Támesis; sus tripulantes, á cuyo frente se encontraba Hasting, se establecieron, á principios del año 894, en Middletune (Royal Milton, al Sur de Sheerness), de manera que todo el territorio á ambos lados de la gran selva fué saqueado por los invasores, que habían llevado consigo caballos del continente y que hacían sus correrías de un lado hasta Hampshire y de otro hasta Berkshire. También era imposible contener á los daneses de Estanglia y del Northumberland, y la circunstancia de que despues de la muerte de Healfdene (23 de agosto de 894), sus tres hijos Analaf, Sihtrico y Reginaldo se vieran oprimidos por otro danés llamado Guthredo, contribuyó tal vez á reavivar entre los daneses su afición á la lucha y á las aventuras.

La situación de Alfredo volvía á ser desesperada, y de los peligros que ofrecía nos da muestras la gran circunspección con que intentó dominarla. Ofrecíase la perspectiva de difíciles y largas luchas y para sostenerlas era poco á propósito el ejército de milicias tal como hasta entonces se encontraba organizado, pues por su propia naturaleza no podía permanecer mucho tiempo en pié de guerra. Por esto organizó Alfredo el ejército de manera que por de pronto solo puso en campaña la mitad de las tropas, dejando la otra mitad en sus propios hogares para poder luego reemplazar con esta á la primera. Las plazas fuertes recibieron una guarnición permanente, compuesta probablemente de los hombres directamente afectos al servicio del rey. En los planes de Alfredo no entraba el librar una batalla decisiva ni el dirigir un ataque contra los campamentos daneses. Por el contrario, situó su ejército en la selva que separaba á los dos cuerpos principales del ejército enemigo, y así como estos, para sus correrías, se dividían en pequeñas hordas, también dividió él sus tropas en pequeños destacamentos que seguían á aquellas en todos sus movimientos y se lanzaban sobre ellas á la primera ocasión favorable. Con esta guerra de detalle nada se arriesgaba, y se conseguía, en cambio, la ventaja de que los daneses limitaran sus excursiones á un corto radio y de que al quedar este esquilmo hubieran de buscar otro teatro para sus hazañas.

Los daneses comenzaron por diseminarse desde Apuldre; su escuadra navegaba al Norte, mientras las tripulaciones, provistas de rico botín, marchaban por el Támesis para reunirse con ella en Essex y levantar allí un nuevo campamento. Entonces Alfredo reunió sus tropas y alcanzó á los enemigos cuando estos trataban de pasar el río por Farnham, mas arriba de Lóndres, y aun cuando no pudo evitar que lo pasaran sin tener que acudir á un vado, les arrebató todo el botín y los fué empujando por Essex hasta la desembocadura del Colne, á donde probablemente había llegado entretanto su escuadra y donde podía contar con la isla de Mersey como fuerte punto de apoyo. La circunstancia de haber trascurrido el tiempo de servicio de la milicia y la falta de víveres obligaron á Alfredo á emprender la retirada.

El curso de los sucesos en el otro ejército, que mandaba Hasting, se nos presenta mucho mas oscuro y no podemos decir qué motivo indujo á aquel caudillo á entregar sus dos hijos como rehenes al rey anglo-sajón. Hasting no hizo con sus compatriotas la marcha por el Támesis y no abandonó probablemente su campamento de Milton hasta que la intempestiva magnanimidad de Alfredo, que hizo bautizar á los dos hijos del pirata, devolviéndolos luego á su padre, destruyó todas las consideraciones que podían contenerle y hasta que la retirada de los anglo-sajones de Essex le permitió pasar allí con su ejército y reunirse con el que se encontraba en Colne. Habiendo sido herido en Farnham el rey danés, Hasting se hizo cargo del mando de todo el ejército y llevó á cabo, desde su campamento fortificado de Beamfleote (enfrente de Convey Island), varias correrías por el interior, cuya defensa estaba exclusivamente confiada al ealdorman de Mercia Ethelredo y á la guarnición de Lóndres, que Alfredo había reforzado en su retirada.

Las malas noticias que llegaban del Sudoeste hicieron que Alfredo abandonara mas precipitadamente la posición de Essex. En efecto, mientras él se encontraba en este punto, una escuadra northumbro-estanglia había llegado á las costas de su indefensa patria; cien buques atacaron á Exeter, y otros cuarenta se dirigieron, doblando el Landsend, al mar del Norte, embistiendo una fortaleza en la opuesta costa de Devonshire. La llegada de Alfredo hizo desaparecer la inminencia del peligro, pero aquel inesperado ataque contra Wessex obligó al rey á distraer una gran parte de sus fuerzas, con lo cual los anglo-sajones se vieron imposibilitados de tomar parte en la lucha contra Hasting y en la defensa de Mercia, amenazada todavía de mayor peligro.

Aprovechando la ausencia de Hasting que estaba ocupado en una de sus correrías, la guarnición de Lóndres llevó á cabo un golpe de mano sobre el campamento naval fortificado de Beamfleote, llevándose consigo á aquella ciudad todo el botín allí reunido, las mujeres y los hijos de los guerreros ausentes, y conduciendo á Lóndres ó á Rochester los buques apresados; las demás embarcaciones fueron destruidas ó entregadas á las llamas. Pero Hasting reemplazó muy pronto la destruida escuadra con otra que ancló á pocas millas al Este de Shoebury, se proporcionó refuerzos de Estanglia y del Northumberland y emprendió con todas sus fuerzas una gran campaña al Oeste, atravesando el territorio de Mercia, pasando el Támesis y luego el Saverne y llegando hasta las fronteras de Gales.

Es posible que el danés contara con que los príncipes del país de Gales, á quienes Ethelredo de Mercia, yerno de Alfredo, había sometido años antes á su soberanía, abrazarían su causa; pero habían pasado ya aquellos tiempos en que el resto de los celtas, por odio nacional hacía sus vecinos alemanes, hacían causa común con los paganos; estos les habían hecho sufrir tanto como á los anglo-sajones, de modo que ni

en Cornwall ni en Gales hubo rebelión alguna. Los de la Gales del Norte siguieron al ejército de Ethelredo con la misma fidelidad que los distritos alemanes del Norte del Támesis y de ambas orillas del Saverne. Los ealdormanes Ethelnoth de Somerset y Aethelino de Wiltshire y los hombres del rey que formaban las guarniciones de los puntos no amenazados, acudieron al auxilio de Ethelredo, el cual se encontró entonces en condiciones de encerrar á los daneses en Buttington, en la frontera de Gales, que era hasta donde habían avanzado en sus correrías. Los sitiados tenían víveres para algunas semanas; agotados estos, acudióse á los caballos y muchos guerreros habían ya perecido de hambre cuando Hasting se decidió á intentar una salida desesperada por el Este. Aun cuando la *Crónica sajona*, al hablar de la batalla que se dió, atribuye la victoria á los cristianos, que hubieron de comprarla á costa de mucha sangre, la salida de Hasting tuvo éxito, pues se sabe que durante el otoño, este llevó á cabo con nuevas fuerzas desde Essex una expedición hacia el Oeste. Esto parecía revelar en él la intención de trasladar su campo de operaciones desde los territorios del Este, tan esquilmo, á los del Oeste, que hasta entonces habían sufrido poco; por lo menos, abandonó por completo el campamento de Shoebury, enviando á Estanglia los buques, mujeres y efectos que en él se encontraban. Su objetivo era entonces Chester, á donde llegó á marchas forzadas hechas de día y de noche. No habiendo podido apoderarse de la ciudad por sorpresa como intentaba, dióla un asalto que duró dos días; esto no obstante, Chester no fué tomada, pero fué destruido por el furor de los daneses cuanto contenía. Las personas fueron asesinadas, el ganado robado y los cereales destinados á piensos para los caballos ó quemados. Hasting se estableció durante el invierno en Wirhcale, extensa península situada entre los golfos de Mersey y de Dee, para lanzarse en la próxima primavera (895) sobre Gales y castigar á este pueblo por la lealtad que había mostrado hacia Alfredo. Pero las terribles devastaciones que durante sus correrías llevaba á cabo fueron causa de que no pudiera permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, y cuando finalmente se presentó á su vista el ejército del reino, evitó toda lucha y se dirigió hacia Northumberland y Estanglia, y luego nuevamente hacia Essex, donde escogió como punto de apoyo la isla de Mersey en la desembocadura del Colne.

Aun cuando su propósito de fortificarse con carácter de permanencia en el Oeste fracasó esta vez por completo, —pues la escuadra que se presentó delante de Exeter hubo de regresar sin haber podido conseguir su fin, sufriendo además grandes pérdidas cuando á su regreso trató de saquear á Essex,—apenas había menguado el peligro que á Inglaterra amenazaba. Los daneses no podían permanecer quietos, pues prescindiendo de su afición á las aventuras y de su codicia de botín, la simple necesidad de subvenir al sustento de sus masas les obligaba á intentar nuevas empresas. No había pasado todavía el invierno de 895 á 896 cuando desde Colne penetró una horda en el Támesis pasando por delante de Lóndres, arrebatando las pequeñas embarcaciones del riachuelo Lea y fortificándose en el centro del país, á veinte millas de la ciudad, probablemente en Hatfield. Un ataque precipitadamente intentado por los vasallos de Lóndres, fué sangrientamente rechazado por los daneses, los cuales no volvieron á ser molestados hasta que en la época de la cosecha se presentó ante ellos Alfredo. Este, con gran prudencia, no se dejó atraer á la lucha, sino que se contentó con tomar posiciones que permitieran á los londonenses aprovisionarse de trigo en las vecinas comarcas. Un día en que penetró en el Lea, ocurrió á su mente la idea de que era fácil obstruir el río de manera que los buques daneses no

podiesen transitar por él, idea que llevó á cabo construyendo en ambas orillas fortificaciones que hiciesen absolutamente imposible toda navegación (1). Esta medida produjo un efecto inesperado, pues los daneses abandonaron el campamento de Lea, dejando allí los buques, que ya de nada les servían y que fueron conducidos por los anglo-sajones á Lóndres, con todo aquello que merecía la pena de ser transportado. Sin embargo, los daneses no se dirigieron hacia Essex, donde poco tenían que esperar, sino que enviaron á sus mujeres á Estanglia y tomaron la dirección contraria, encaminándose al través de Mercia hacia el alto Saverne, donde se fortificaron nuevamente en Ewathrycge (Bridge-worth) y pasaron el siguiente invierno.

No se sabe que fueran atacados en estas posiciones, pero la inevitable falta de víveres les obligó, durante el verano de 897, á abandonar este punto situado en el centro del país y fué causa, además, de que se dividieran, marchándose los unos al Northumberland y á Estanglia, de cuyos territorios estaban ya posesionados sus compatriotas, y dirigiéndose otros, bajo la dirección de Hasting, por mar á Francia, donde les fueron cedidos terrenos para establecerse, con lo cual llegaron á descansar.

Inglaterra estaba salvada. Si la lucha y la carestía habían quebrantado poco á poco las huestes de los vikingos y contribuido á que el suelo inglés ofreciese pocos atractivos á aquellos invasores, la prudencia del rey había entrado también por mucho en este triunfo, pues á consecuencia de sus disposiciones, los daneses no pudieron fijarse en ninguna parte por estar las plazas fuertes convenientemente defendidas. Ciertamente allí donde se presentaban podían asolar y saquear las llanuras, pero los desastres por ellos causados casi tanto les afectaban á ellos mismos como á los infelices habitantes. Las enfermedades que sobre estos se cebaron durante la última gran invasión de los daneses (893-897) hicieron también presa en estos, cuyas fuerzas se fueron debilitando y cuyos ataques iban perdiendo su salvaje energía allí donde no los excitaba una persona tan influyente como era Hasting. Al desaparecer este guerrero del teatro de la lucha, los habitantes creyeron que el principal peligro estaba conjurado y que todavía se podía abrigar alguna esperanza. El autor de la crónica del país expresa este sentimiento, entonces predominante, al escribir en 897: «Gracias sean dadas á Dios porque el ejército danés no ha destruido por completo al pueblo anglo.»

CAPITULO XI

CONSTITUCION Y CULTURA DE INGLATERRA DURANTE EL REINADO DE ALFREDO

El rey Alfredo, hablando de sí mismo, en su traducción del Boecio, dice: «Puedo afirmar plenamente que mientras he vivido me he esforzado por mostrarme digno y por dejar perpetuada en buenas obras mi memoria entre los hombres que despues de mi muerte me sucedan.» Y realmente lo consiguió, pues si importancia tiene el haber defendido por espacio de treinta años con firme perseverancia á su patria, mayor gloria es todavía haber sido su regenerador. Cuando el Estado y la cultura de los anglo-sajones iban á quedar por completo destruidos, Alfredo, conecedor de las necesidades del presente y fija su vista en el porvenir, se dedicó á la obra de reconstrucción. La importancia del hombre de Estado se nos presenta en él unida á la gloria del guerrero, y am-

(1) Pauli, pág. 270, cree que el trabajo de Alfredo consistió en una desviación del río, cosa que no confirma la *Crónica sajona*.